



# El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXVII

Zaragoza, 21 Agosto 1925

Núm. 632

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1274

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5,  
fábrica de toquillas (antiguo  
camino del Sábado).

## EPISTOLA

Sr. D. M. C. de la G.:

Acabo de leer su última, y tengo que protestar de lo que en ella dice. No es cristiano odiar a los pecadores.

Aborrecer al pecado, sí, y nunca le aborreceremos lo bastante: aborrecer al pecador, no.

Es hijo de Dios también: hijo ingrato, rebelde, pero hijo.

No sólo esto: aún le sigue amando nuestro Padre Dios.

Ha podido aplastarle, y no lo ha hecho.

Ha podido precipitarlo en los infiernos, y no lo ha precipitado.

Si no miráramos más que a su Justicia, deberíamos decir: no sólo

ha podido hacer eso, ha debido hacerlo.

Pero Dios es algo más que Juez, es Padre.

Y no un Padre cualquiera: por los pecadores ha sabido sacrificar en infamante patíbulo a su Hijo unigénito, Dios como El, hecho hombre.

Vea si los amó.

Vea si los ama todavía, cuando todavía no los ha aplastado bajo el peso de su indignación.

Es que aún espera que se reconozcan, se conviertan y vuelvan nuevamente a su gracia.

¡No ve que le han costado tanto!

Por esto les sigue haciendo objeto de su misericordia.

Si llegasen a la hora de la muerte sin haberse convertido, aun entonces les solicitará con su gracia.

Sólo, si entonces le rechazaran, les hará objeto de su eterno aborrecimiento.

No los aborrezcamos nosotros tampoco hasta entonces.

Compadecemoslos: esto sí.

Y pidamos por su conversión.

Es esta una oración que no debe faltar en el número de nuestras oraciones cotidianas.

Porque además, figúrese que aborrecemos a los pecadores y un día nuestro Padre Dios se acerca para decirnos: el que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

¿La tiraría usted sin miedo?

No vale decir: ese pecado no lo he cometido yo. Si habemos cometido otros, nuestro nombre figura en la lista de los pecadores.

¿No recuerda usted la escena de la mujer adúltera?

La multitud la acusa de adulterio, y ella no puede defenderse de semejante acusación.

Público es su crimen.

Pero al oír la palabra del Salvador todos se van: ninguno se atreve a tirar la primera piedra.

¿Porque eran todos adúlteros?

No: porque ninguno se sentía libre de todo pecado, y un pecador no tiene derecho a aborrecer a otro pecador.

Los dos necesitan que Dios les tenga misericordia.

Y vea otra razón: ¿no ha dicho Cristo que seremos medidos con la medida que midiéremos?

Pues si nosotros la necesitamos grande, medida de bondad y compasión, con esa grande midamos a nuestros prójimos.

Seamos compasivos para que nuestro Padre Dios lo sea con nosotros.

Porque fijese además en que todos los hombres somos de igual materia.

¿De oro?

¿De plata?

¿De hierro?

No; todos, todos somos de frágil barro.

No hay mal que no podamos hacer si la gracia de Dios nos faltara.

Vea lo que dice la Escritura: el que se crea justo cuide no caiga.

En temor y temblor trabajad vuestra santificación.

Vea lo que decía Cristo a sus discípulos: Vigilad y orad para que no entréis en tentación.

Piénselo y verá cómo no le quedan alientos para aborrecer a los pecadores.

¡Los pecadores!

Si aborreciéramos algo más el pecado, aborreceríamos menos a los pecadores.

No se ría: los dos aborrecimientos están en razón inversa: al mayor grado de uno corresponde el menor grado del otro.

No sólo esto: al máximo aborrecimiento del pecado corresponde el máximo amor de los pecadores.

¿No ve usted los santos?

¿Quién como ellos aborreció el pecado?



¿Y quién como ellos ha amado a los pecadores?

¿Pero no ve usted a Dios?

¿Tiene para el pecado otro aborrecimiento que el eterno e infinito de su Corazón santísimo?

¿Y tiene para los pecadores un amor menos infinito?

Vea usted Belén, vea usted Getsemaní, vea usted el Gólgota. Ahí tiene usted la expresión de ese odio y de ese amor infinitos.

Vea usted el altar, y sobre él la Hostia santa. ¿Le dice otra cosa el Cristo sacramentado?

Ya lo sabe usted, amemos a los pecadores.

¿Para qué? Para pedir por ellos, para hacerles bien, para arrancarles de las garras del pecado, para salvarlos.

Suyo siempre.

M. DE SANTA CATALINA.

## RETRATO

No busques a Jesucristo ni en la tierra, ni en el mar; es inútil, no le busques, porque no le encontrarás, pues aunque está por doquier se oculta de modo tal que hay que tener buena vista si hemos de verle, al pasar.

El se oculta bajo el manto del viento en el vendaval, bajo el fragor de las olas y el furor del huracán; en la grandeza salvaje del enorme peñascal que se alza altivo y terrible cual orgulloso titán que con sus crestas dentadas pretende el cielo escalar. Pero es difícil lo encuentres, creo, que no le hallarás si le buscas por afuera, por la tierra y por la mar. Cuanto más sujeto creas que lo tienes se te irá y te quedarás confuso, lleno de perplejidad, sin saber cómo se ha ido ni qué intención llevará al marcharse de ese modo. El que es la Luz inmortal, siempre errante, siempre oculto, sin dejarse ver jamás. Ya que verle, pues, no puedes, porque no le has de encontrar en esta ciénaga impura que no puede retratar la grandeza de los cielos con toda su inmensidad,

te enseñaré su retrato, retrato que encontrarás en el fondo de tu pecho, en aquella alma inmortal, que es retrato del Dios vivo; y mira si te amará que, al criarte, te escondió en el principal lugar de tu pecho, su retrato, fotografía ideal, para que, en los días tristes de tu vida, en que hasta el pan te sabrá a ajeno y a mirra, mirándole, puedas ya consolarte, al verle dulce, hermoso, alegre, sin par, llenándolo todo, todo, y... mirándole, dirás: "¡Qué bien se está aquí con Él!", yo no sabía que allá, en el fondo de mi pecho, en ese humilde cendal, se encontraba El retratado como no pude soñar. "No te marches, Jesús mío, si quieres que viva en paz", le diré al verle tan Padre: "Tú eres mi vida, mi pan, Tú eres la Luz de los cielos, puerto de seguridad. Contigo andaré seguro, sin Ti me hundiré en la mar de esta vida tormentosa, tormentosa por demás; así, así, siempre juntos, ¿quién nos podrá separar?"

JULIO ASCANTO



## TRIBUNAL BARATO

"Mi querido señor Mago: Recibi su carta del no sé cuántos de Junio, o Julio; me *paice* que del catorce; no estoy seguro a punto fijo; supongamos que es del catorce. Recibi su carta del catorce y no m' *al-cuerdo* bien lo que me dice en ella, ni sé *ande* para el papel de la carta, que no la *hi* *güelto* a ver ni *pande* para, lo *mesmo* da. Casi no m' *al-cuerdo* lo que en ella me dice, pero *quió* recordar que, entre otras co-

sas, me dice que por qué ha *salío* *usté* a *veraniar* y por qué no *hi* *salío* yo. Pues pronto le *puó* contestar a *usté*.

"Yo no *hi* salido a *veraniar* porque a *usté* no l' ha *dao* la real gana; porque aquí, ya se sabe, no se mueve una rata sin el permiso de su *rial* *majestá*. Dice *usté* *tamién* que se tiene a menos *dir* con un servidor, *gracias*. Yo tengo menos *ducación* que *usté* y, sin embargo, no digo

"que me tengo a menos *dir* con su *mercé*. Al contrario, digo que iría a su *lao* muy *arguloso*. ¿*Usté* se tiene a menos? pues yo, no. Y eso que, ya se sabe; los amos y los *criaos*, cuanto más lejos más *apa-naos*; y el *güey* suelto bien se lame.

"*Tamién* me dice *usté* que, en *Ca-lalayú*, le preguntaron mucho por un servidor, y que le dieron un banquete y que se alegra de que yo no estuviera; al contrario, yo lo siento mucho. Le diría una cosa, si no le supiera a *usté* mal; pero así, no quiero *decile* nada. Si a *usté* no le supiera malo, si *usté* fuera de otra manera, yo le diría que todo eso que *usté* tiene contra un servidor no es más que envidia, pura envidia, al ver a *tol* mundo *preguntar* por un servidor y que por *usté* no le pregunta nadie. Yo le diría que, a muchas gentes, les gusta más como escribe un servidor que como escribe *usté*. Y esto a *usté*, que lo comprende, le requema la sangre y se lo llevan los diablos; y es lo qu' *hicimos*, el orgulloco de *usté* de que escribe mejor que *denguno* y de que nadie le *chafa* la *papeleta*; sin pensar que, a todo hay quien gana y de que, cuando llegamos a viejos, no *nus* queda más que la fachada y un palmo de narices. Todo esto y otras cosas más le diría; pero, como sé el genio que *gasta* *pa* los días de fiesta y *pa* los días de hacienda, pues me sirvo de mi conocimiento y me callo como un muerto, *pa* que no me venga *dimpués* que si fué, que si vino, que si has dicho esto, lo otro y lo de más allá, y eres un ido y un venido, que no *tiés* talento ni vas a *dengún* *lao*. En fin, *coste* que yo no digo nada, me sufro y m' aguento con mi santa paciencia y no digo ni esta boca es mía. Pues *güeno* se pondría *usté* si yo dijera algo, no *quía* Dios ni la Virgen *santísima*; *nus* conocemos y... basta.

"*Tamién* dice *usté* que no le gustan las personas que hablan *dema-siao*. A mí tampoco me gustan y m' aguento. Y, si supiera que *usté* no s' había de incomodar, ni *llevalo* a mal, ni *decime* las *picardias* de otras veces, *pué* que le dijera que *hi* conocido pocos hombres tan *habladores* como su *mercé*. Porque escribir mucho es igual que hablar mucho, lo *mesmo*. Sólo que, en vez de decir palabras, las escribe todas, que no sé *dónde* se las saca. Ojalá no dijera *usté* tantas palabras; algo más tranquilo estaría yo, que *lo* las palabras las escribe *usté* en EL. Eco y me pasa, *respetive* a ese particular, que no me gusta tratar con hombres tan *habladores*. Pero como yo sé cómo las *gasta* *usté*, no digo nada, me coso la boca y no me oirá *usté* ni respirar, ¿*pa* qué? Dice *usté* en otro lugar que el Sol y el aire son sus médicos. Ya me *paicia* a mí que, al último, iría a parar a esos *siñores*, más que nada por lo *baratos* que le *saldrán*. Así, así, con *criaos* como un servidor y médicos de esa *clase*, se va *usté* a hacer *dioro*. Pero conste que yo me callo y no digo nada; sólo diría, si *usté* fuera de otra *conformidá*. Con que, ya lo sabe, que sea *enhora* *güena* y... a vivir. Tribunal Barato, *criao* barato, médicos baratos, casi de balde; aquí todo es muy barato, *siñor*. Lo que más m' ha *chocao* es lo que dice *usté* que el cielo es una



"farmacia; supongo que *también* será  
"farmacia barata. Al pelo; pues bien,  
"si ha de venir a casa en ese plan  
"de economías, haga *usted* el favor de  
"decírmelo a tiempo *pa* hacer de mi  
"capa un sayo... barato, por supuesto.  
"Y termina *usted* diciéndome que no  
"tome propinas. No, *señor*, esté tran-  
"quilo, no tomaré propinas; pero es  
"porque nadie me las darán, que si  
"me las *daran*, no iría a *pedirle* per-  
"miso a su *mercé* ni m'haria de *re-*  
"*gatiar*, *pa* no pasar plaza de mal  
"*educado*; y, en fin, no *quió* hablar,  
"que, como *usted* dice *mu* bien, está  
"ya viejo y está *pa* pocas fiestas. Y  
"*usted* los recibirá de este que es

MACARIO".

\* \* \*

"Mi querido Macario: He leído tu  
"carta que me ha entretenido de  
"veras, es una señal completa de tu  
"sórdida estupidez que, por lo mis-  
"mo, distrae y rompe algún tanto la  
"monotonía de esta vida insustancial  
"que arrastramos los desgraciados hi-  
"jos de Eva. En vista de una carta  
"tan estúpida, muchos creerán que  
"yo me voy a deshacer en insultos  
"e improperios contra ti; pero hasta  
"en eso tienes suerte. Tu carta me  
"ha venido en una de esas horas blan-  
"cas en que todo nos sonríe y hasta  
"las cosas más insensatas las echa-  
"mos a buena parte. Y es que todas  
"las cosas tienen varios aspectos:  
"unos buenos y otros malos. En esas  
"horas blancas, una mano angelical  
"nos va cubriendo el aspecto malo y  
"sombrio, y no vemos más que lo  
"que tienen las cosas de bueno y en-  
"cantador. La hora en que yo he re-  
"cibido tu carta era una hora de  
"esas, y todos los puntos negros de  
"tu carta se han disipado; he tenido  
"que leerla varias veces para llegar  
"a ver, con toda claridad, toda la idio-  
"teza con que está escrita. Pero todo  
"eso ha desaparecido y no he visto  
"más que lo bueno que, aunque parez-  
"ca mentira, contiene, y que es la  
"causa por la cual yo no te despido  
"para siempre de mi lado. Y es, hi-  
"jo mío, que tú eres tonto, pero ton-  
"to del todo, y no puedes formarte  
"una idea del encanto que para mí  
"tienen los tontos, sobre todo los  
"tontos totalmente. Casi estoy por de-  
"cir que son los únicos hombres que  
"en este mundo son dignos de aten-  
"ción. Los hombres de mundo trata-  
"mos mucho a los hombres y casi to-  
"dos llegamos a salir de este mun-  
"do sin conocer a los hombres. Y  
"¿por qué es tan difícil el conocer a  
"los hombres? Te lo voy a decir:  
"porque casi todos nos disfrazamos  
"para salir a la calle. Vamos por el  
"mundo con el embozo hasta los ojos,  
"envueltos en tantas capas que es un  
"milagro el que se nos conozca. Y  
"el caso es que el hombre, cuanto más  
"listo, mayor es el número de capas  
"en que se envuelve. Hay capas de  
"todas las clases y tamaños, con las  
"cuales nos engañamos mutuamente.  
"Hay capas de honradez, capas de  
"valor, capas de sabios, capas de fi-  
"delidad, de candor y hasta se usan  
"capas de piedad y santidad. Debajo  
"de esas capas se ocultan algunos  
"hombres buenos, que son lo que pa-  
"recen; pero, en la mayor parte de  
"los casos, bajo esas capas, no se  
"ocultan más que hombres sevillanos,  
"falsos como los duros del mism-

"nombre. Por eso siento tanto asco  
"y repugnancia por el mundo, está  
"compuesto de una gran cuadrilla...  
"iba a decir que de gitanos; pero no  
"quiero, diré que se compone de una  
"gran cuadrilla de hombres sevilla-  
"nos. Por eso, hijo mío, yo respeto  
"al hombre que se refugia en su so-  
"ledad y dice: No creo en nada más  
"que en Cristo, que es la Verdad.  
"¿Qué gran enseñanza encierran las  
"palabras de Pilatos, cuando frente  
"a Cristo dice: *Ecce Homo*! Como si  
"dijera: He ahí el único que me-  
"rece llamarse hombre; los demás no  
"son más que muñecos y muñecas.  
"Pero los tontos no, no entran en  
"esta categoría, sobre todo si son  
"tontos del todo. No engañan a na-  
"die, porque van desnudos; no lle-  
"van embozo ni capas y se les ve  
"todo lo que llevan dentro. No pueden  
"engañar, porque se les ve clarear  
"todo y no hay *de* blez posible. El ton-  
"to del todo habla con el arzobispo,  
"con el rey, con el Papa y a todos  
"les llama de tú y les habla el len-  
"guaje de la verdad, o de lo que él  
"cree que es verdad, porque está en  
"la idea que la verdad es reina, con  
"un reinado superior a la mitra, a  
"la corona y a la tiara. Es muy po-  
"co lo que el tonto sabe; pero aque-  
"llo que sabe es oro de ley, oro puro.  
"Además, el tonto del todo lleva una  
"gran ventaja, no en este mundo, en  
"donde suele ocupar los últimos pue-  
"tos, sino en el otro. Dios nuestro  
"Señor, que será tan riguroso en su  
"tribunal, tiene reservada para los  
"tontos la nota de *sobresaliente*.  
"No tiene, pues, nadie derecho a ex-  
"trañarse de que yo sienta tanta sim-  
"patía por los tontos: yendo con  
"Dios, voy en buena compañía. Desde  
"ese triste punto de vista, me eres sim-  
"pático, Macario. Tanto más simpá-  
"tico cuanto más conozco a los hom-  
"bres. Conozco a muchos hombres sa-  
"bios, artistas, literatos, etc., que se  
"pasan la vida engañando al mundo;  
"infames bandidos que roban el me-  
"jor patrimonio de las almas, apa-  
"gando la antorcha de la fe; ladro-  
"nes de honras, manchando la pureza  
"inmaculada en espíritus sencillos, de  
"vivir honesto; que escardan en los  
"corazones honrados y valientes pa-  
"ra matar en germen toda semilla de  
"religión, de patria, de familia. Sí,  
"todos esos seres enemigos de mi  
"Dios y de mi patria, no pueden aspi-  
"rar a mi asombro, ni siquiera a mi  
"consideración. Sí, Macario, hijo mío,  
"si habías de ser como uno de esos  
"sabios estúpidos que pasan por la  
"tierra como una tormenta que arra-  
"sa cuanto encuentra en los campos  
"de Dios, dejando en las almas un sa-  
"bor a podredumbre y muerte que ha-  
"ce apestosa la vida, ya de suyo, por  
"el pecado, tan pobre y miserable, es  
"mejor que seas así como eres, que  
"pases por el mundo como una ben-  
"dición, que no hagas mal a nadie y  
"que no te sigan al sepulcro las mal-  
"diciones de aquellos a quienes ha-  
"yas hecho un daño irreparable. Dios  
"te bendiga y te mantenga, así como  
"eres, aunque seas mi tormento. Que-  
"ría hablarte también de estas fies-  
"tas que me brinda la Naturaleza;  
"pero es ya muy larga ésta; otro día  
"será.

"Tu amo que te quiere,

EL MAGO."



No hay cruz que no pueda ser ma-  
yor.

Y sólo es llevadera la que Dios nos  
envía.

Esa es la nuestra, y por ser nues-  
tra es la que da derecho a seguir a  
Cristo.

El lo ha dicho: el que quiera venir  
en pos de Mí, *tome su cruz*.

Es menos hacer que *dejar hacer*.

Por eso es también menos prove-  
choso.

La santidad es más obra de Dios  
que nuestra.

Tiene esta expresión: Señor, há-  
gase como queréis y en la forma,  
modo y tiempo que más queráis.

El amor no entiende de sacrificios  
más que para aceptarlos.

Ni sabe de obstáculos más que pa-  
ra vencerlos.

No es amor el amor que se de-  
tiene ante el sacrificio o retrocede an-  
te los obstáculos.

El amor avalora las cosas.

Es grande, aun lo más pequeño, si  
por amor se hace.

Aun lo más grande resulta peque-  
ño si no se hace por amor.

Dios busca el amor que se le tie-  
ne más que las cosas que se le de-  
dicar.

Hoy, mañana, siempre.

Y más que hoy, mañana.

Y cada día, más que el día anterior.

Este es el proceso.

Amor que se estaciona no es amor.

Nunca podremos llegar a amar a  
Dios cuanto El debe ser amado.

Dios lo quiere *todo*.

Oyelo bien, *todo*.

No hay que protestar.

¿No tiene derecho a ello?

M. DE SANTA CATALINA.



RECIBIRÉ  
AGRADECIDO  
LIMOSNAS DE  
AYUDA A LOS  
GASTOS DE ESTA  
**Hojita**

# HOJITA PARROQUIAL

## DE VILLANUEVA DE ALCARDETE

«PAX VOBIS NON  
QUOMODO MUN-  
DUS DAT, EGO  
DO VOBIS»  
(Joann XX. 27)



Comunión de Santa Teresa  
de Jesús

En este mes de Agosto es también una día simpática la conmemoración de aquel acto solemne, o mejor dicho, de aquellos actos en que la brillantísima santa castellana recibió el regalo de que un Serafín le atravesara el corazón con un dardo de oro encendido al rojo en la punta. Oigamos a la linda avilesa: Fiesta, día 27.

“Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión. Veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo, en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me representan ángeles es sin verlos, sino como la visión que dije primero (visión intelectual). En esta visión quiso el Señor le viese así; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles más subidos, que parece todos se abrasan. (Debió tener tan rica Doctora muchas manifestaciones de coros angélicos, a juzgar por lo que describe.) Deben ser los que llaman Serafines, que los nombres no me los dicen (¡cuánto candor!); mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, y de otros a otros, que no lo sabría decir (¡Hermosa figura retórica!).

“Veíale en las manos un dardo de oro, largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas; al sacarlo me parecía llevarlas consigo, y me dejaba toda abrasada en amor de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan ecesiva la suavidad que me pone este gravísimo dolor, que no hay que desear que se quite ni se contenta el alma con menos que Dios.

“No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun hartó. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad, lo dé a gustar a quien pensare que miento.

“Los días que duraba esto, andaba como embobada; no quisiera ver ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo creado. Esto tenía algunas veces”.

Su corazón se conserva en Alba de Tormes (Salamanca), separado del cuerpo ha ya siglos, como referiré en otra ocasión. En él se ven los lanzazos del dardo del ángel; y, según certificación de muchos médicos que han examinado esa viscera, los bordes de las heridas hondas que a simple vista se pueden apreciar, y son muchas, aparecen quemados, como hechas por instrumento candente; y lo que es muy peregrino y milagroso, la Santa vivió veinte años después de atravesado su corazón tan multiplicadas veces.

En la Sagrada Escritura leemos que un ángel purificó los labios del Profeta Isaías con una ascua encendida, tomada del Altar del Santuario, pues la misión alta que había de cumplir así lo exigía; a nuestra Santaza se le purifica el corazón con oro encendido, porque en los designios divinos había de dejarnos su gran Reforma Carmelitana, para los humildes, y su gran obra literaria “Las Moradas” para los sabios, en la cual, con delectación, beben todos.

### ¡DIOS!

(Continuación)

¡Dios! El Sér por excelencia en su esencia, naturaleza y substancia, sin accidente alguno; porque en El nada hay pasajero ni deleznable, sino que es el Inmenso, el Infinito, el Eterno, el completo Cúmulo de perfección.

El, del cual dependen todas las cosas, lo mismo preside a la evolución de la nebulosa de Laplace, Faye y del coronel Lingondé que a las nebulosidades de la libertad humana, a la cual, como dice Job, “trata con mucho respeto”, siendo El el Autor de ella; lo que equivale a decir que en todo tiene buena cuenta de respetarse a Sí mismo; y no podía ser de otro modo, puesto que, como llevo dicho, nos hizo a su imagen y semejanza.

Algunos desgraciados, ciegos por los oscuros vapores de un corazón extraviado, han llegado a dudar o negar su existencia; sin tener en cuenta que nadie habla de lo que no conoce, y sólo han conseguido con sus aberraciones ponerla más en claro.

Aquí no voy a discurrir con discursos; trataré de espontaneidades llenas de aroma divino, que nos darán razón bien cumplida, no sólo del deber que tenemos de dar culto, cual se merece, a ese Supremo Hacedor, sino del amor con que, como incienso rico en esencias, debemos tributarle; cual lo hicieron siempre las almas cabales y los corazones nobles y agradecidos a sus múltiples dones.

Vivía cierto cenobita en el desierto, dedicado a la contemplación de las cosas divinas, que leía en la escala gradual de las criaturas, contemplando las diferentes perfecciones de que se hallaban adornadas; y como llegara a su conocimiento que había grandes sabios en París que de esas cosas se ocupaban, con la comezón que tenía de conocer mejor a Dios, allá se trasladó, haciéndose oyente en la Sorbona, en donde tomaron asiento los Alberto Magno, Tomás de Aquino, Alejandro de Alés, Dums Scotto, y otros grades luminaires de la Ciencia de las ciencias, la Teología católica, que desgranaban en perlas de rica erudición la gran obra divina.

Aquel día tocaba explicar lección al gran ángel de las Escuelas, al dominico Santo Tomás de Aquino, el cual anunció su tesis en estos términos: “*Utrum sit Deus*”. “¿Acaso hay Dios?” Al oír la presentación de tal tesis, aquel venerable cenobita se llevó las manos a la cabeza, suspirando salió del aula, y al entrar en la calle se paró y dijo: “Pero, Dios mío, ¿es posible que, en naciones que se precian de muy civilizadas, se dude de tu existencia, cuando el mismo polvo que pisamos la proclama a grandes voces? ¡A mis soledades vuelvo! Prefiero vivir solo, entre cubiles de fieras, que no en habitación de hombres, aunque sean palacios”. Y el cenobita se encerró de nuevo en una de las cuevas de su Tebaida africana...

El no quería entender de retóricas en ese asunto; aunque para manifestarse brillantísima esa verdad por la controversia magnífica del santo Doctor de Aquino, se le presentara ocasión de oír a aquella luminosa lumbrera, a la que nadie pudo igualar, ni aun en el mismo Ateneo de Grecia con sus Platones y Aristóteles.

¡Dios! El encanto de todo poder, porque todo lo hace suavemente; el encanto de toda sabiduría, porque en toda cosa ha puesto lo que necesita para su régimen interno y externo, además de su adaptación al medio; encanto de belleza, porque la obra suya es asombrosamente bella, en sus detalles y en su conjunto, con regularidad que pasma, atendiendo a tantos modos de ser y obrar, con una resultante, que es sólo armonía.

El que no ama a Dios, es porque no le conoce; es más, no ama a Dios porque no sabe amar, porque no es agradecido. Dios es Amor; y como decía el poeta gentil Ovidio en el libro de las “Metamorfosis”: “*Deus est in nobis; agitante callescimus illo*”: Siempre Dios nos acompaña; en cuanto nos menea, nos derretimos por El, como El se derrite por nosotros”. Pruebas al canto; con sólo dos, celeberrimas por cierto, habrá bastante:

1.ª Yo voy siendo ya viejo y tengo que dirigirme a los de mis años que conocieron como yo, o mejor que yo, el ruido que hizo en nuestros antiguos tiempos de novatos intelectuales, el famoso, célebre y celebrado entre la cuerda racionalista, sobre todo al profesor de la Sorbona, Littré, se dicente ateo, discípulo de Augusto Comte y de Victor Cousin; émulo de Taine y admirador irónico de las estúpidas invenciones y glosas bíblicas del desgraciado Renan, que no supo contentar a ningún sabio, aun a los que lo parecieran, con tal de tener el sexto sentido en su puesto.

(Continuará).